

El poder de la Palabra

Dr. Justo L. González



N.Y. Escritores
Nueva York
24 de mayo de 1996

El poder de la Palabra

Para nuestra consideración en esta noche, he seleccionado dos pasajes que tratan sobre la Palabra de Dios y su poder.

Uno de ellos es el principio del Evangelio de Juan, aquellos primeros versículos que donde se nos dice que la Palabra era al principio con Dios, que la Palabra era Dios, que todo cuanto Dios hizo, lo hizo por medio de la Palabra; y que la Palabra vino a los suyos, y los suyos no la recibieron; que la Palabra se hizo carne, y vimos su gloria, gloria como del unigénito hijo de Dios.

El otro pasaje es el comienzo del Génesis, donde también se afirma el poder creador de la Palabra: “Entonces dijo Dios: ¡Que haya luz! Y hubo luz. Al ver Dios que la luz era buena, la separó de la oscuridad y la llamó ‘día’, y a la oscuridad la llamó ‘noche’”.

En la historia del Génesis se ve claramente lo que muchas veces olvidamos: que la Palabra de Dios no es solamente comunicación, sino que es también acción, Cuando Dios habla, Dios no solamente dice, sino que lo mismo que Dios pronuncia, por el hecho mismo de pronunciarlo, salta a la existencia. En Dios no hay diferencia entre la Palabra y la acción, entre el decir y el hacer. La Palabra de Dios es poderosa, no solamente porque nos habla de Dios, sino también porque en ella Dios actúa. Dios dijo, “sea la luz”, y la luz fue.

Según el Génesis, Dios dijo, y Dios nombró. Aquí vemos las dos funciones principales de la palabra: crear y reclamar dominio. Cuando Dios dijo, “sea la luz”, llamó la luz a la existencia. Y cuando Dios nombró a la luz “día” y las tinieblas “noche”, reclamó su poder tanto sobre el uno como sobre la otra. El poder de nombrar es el poder de definir, de dominar, de gobernar.

Y así continúa todo ese primer capítulo de Génesis, describiendo un proceso en el que Dios pronuncia lo que ha de existir, y luego le da nombre a lo que acaba de crear mediante ese mismo pronunciamiento.

“Después Dios dijo: Que haya una bóveda que separe las aguas, para que estas queden separadas. Y así fue. Dios hizo una bóveda que separó las aguas. ... A la bóveda la llamó ‘cielo’”.

“Entonces Dios dijo: Que el agua que está debajo del cielo se junte en un solo lugar, para que aparezca lo seco, Y así fue, A la parte seca Dios la llamó ‘tierra’, y al agua que se había juntado la llamó ‘mar’”.

Dios dijo, y con el hecho mismo de decir, creó. Y Dios nombró, y con el hecho mismo de nombrar reclamó su dominio sobre lo nombrado.

Y es así que llegamos al versículo 26: “Entonces dijo: Ahora hagamos al hombre a nuestra imagen. Él tendrá poder sobre los peces, las aves, los animales domésticos y los salvajes, y

sobre los que se arrastran por el suelo”.

Mucho se ha discutido en qué consiste eso de la imagen de Dios en la criatura humana. Hay toda suerte de teorías, y podríamos pasarnos horas discutiéndolas. Pero lo que muchas veces no notamos es que el texto en Génesis relaciona el ser imagen de Dios con el hecho de tener poder: “Hagamos al hombre a nuestra imagen. Él tendrá poder sobre los peces, etc., etc”.

Esto se ve más claramente en la historia que aparece en el capítulo 2 de Génesis, donde Dios hace primero al varón, y luego va presentándole cada parte de su creación: “Y Dios el Señor formó de la tierra todos los animales y todas las aves, y se los llevó al hombre para que les pusiera nombre. (Es decir, para que reclamara su dominio sobre ellos.) El hombre les puso nombre a todos los animales domésticos, a todas las aves y a todos los animales salvajes, y ese nombre se les quedó”.

La imagen de Dios en el ser humano consiste, entre otras cosas, en tener un poder que es reflejo del poder de Dios. Así como Dios crea y gobierna mediante su Palabra, así también el ser humano tiene el poder de usar la palabra para definir la realidad, para ponerle nombre, para gobernarla.

La historia del Génesis continúa. El propósito de Dios es encontrarle una compañía idónea al hombre. Todos estos animales que el hombre puede nombrar y por tanto dominar no pueden

servirle de compañía idónea, precisamente porque en una relación de dominio y de sujeción no puede haber verdadera mutualidad.

Es entonces que, en esta narración de Génesis 2, Dios hace caer un sueño sobre el varón, le saca una costilla, y de ella crea a la mujer. Cuando el varón la encuentra, empieza por reconocer que la mujer es “hueso de mis huesos y carne de mi carne”. A diferencia de todos los animales que el varón acaba de nombrar, la mujer es de la misma sustancia que el hombre. Y entonces, en lugar de darle un nombre, como se lo dio anteriormente a los animales y a las aves, lo que hace es compartir el suyo con ella. Desafortunadamente, en la Versión Popular esto no se nota, porque a fin de utilizar lenguaje contemporáneo esa versión dice que el varón la llamó “mujer”. Lo que sucede en el texto hebreo es que el varón le da a la mujer un nombre que es el suyo propio, pero en una forma femenina, Él es Ish, y ella es Isha. Es por eso que Reina-Valera, para ser fiel al original, fuerza en algo el idioma y dice “será llamada Varona, porque del Varón fue formada”. En todo caso, lo importante es que el varón, que antes les puso nombre a todos los seres vivientes, al encontrarse con la mujer la reconoce como hueso de sus huesos, y por eso, en lugar de darle un nombre, en lugar de reclamar dominio sobre ella, lo que hace es compartir su propio nombre con ella.

Sigue entonces la historia de la tentación en el huerto, de la caída, y de las maldiciones que Dios pronuncia sobre cada uno de los culpables: la serpiente, la mujer y el hombre. Entre las maldiciones sobre la mujer, resultado de su pecado, está la maldición de que a partir de

entonces estará sujeta a su marido. Y entre las maldiciones sobre el hombre, resultado de su pecado, está la de que a partir de entonces su dominio sobre la creación no será ya total: “La tierra va a estar bajo maldición por tu culpa; con duro trabajo la harás producir tu alimento durante toda tu vida. La tierra te dará espinos y cardos”. En otras palabras, que a consecuencia del pecado la mujer pierde su condición de igualdad con el varón, y el varón pierde su dominio sobre la tierra.

E inmediatamente después, en el próximo versículo después de las maldiciones, nos dice el Génesis que el hombre llamó a su mujer “Eva”. El, que antes del pecado se había negado a darle nombre, porque era carne de su carne y hueso de sus huesos, lo primero que hace ahora es darle nombre, reclamar su dominio sobre ella. Es así que, a consecuencia del pecado, nace la sociedad de dominación, donde los seres humanos piensan aumentar su propio valor estableciendo su dominio y su control sobre otros.

La palabra es un instrumento poderoso. Es un instrumento poderosísimo en labios de Dios. Instrumento mediante el cual Dios creó los cielos y la tierra; y los salpicó espacios siderales de estrellas y planetas; y llenó los espacios interatómicos de protones y electrones; y nos llamó a cada uno de nosotros a la existencia; y nos dio la existencia; y nos llamó a cada uno de nosotros la novedad de la vida; y nos dio vida nueva.

Y la palabra es también instrumento poderoso en labios humanos. Es el instrumento mediante

el cual definimos la realidad, para entenderla, clasificarla y gobernarla. Es un instrumento mediante el cual nos comunicamos los unos con los otros. Y es también, gracias al pecado, instrumento que empleamos para dominarnos los unos a los otros, para definirnos, para encajonarnos. “Y llamó el hombre a su mujer ‘Eva’”.

La palabra es tan poderosa, que es por eso que utilizamos los términos “bendición” y “maldición”. Ben-decir quiere decir hablar el bien, pronunciar el bien sobre una persona o una cosa. Mal-decir quiere decir hablar el mal, pronunciar el mal sobre una persona o una cosa. Y la palabra es tan poderosa, que cuando Dios pronuncia el bien, cuando Dios “bendice”, el bien que Dios pronuncia se torna realidad. Y cuando Dios pronuncia el mal, cuando Dios “maldice”, el mal que Dios pronuncia se torna también realidad.

Dios maldijo a la mujer, y la mujer quedó sujeta a su marido. Dios maldijo al varón y su relación con la tierra, y a partir de entonces la tierra produjo cardos y espinas.

Se habla mucho en nuestros días de la decadencia moral de nuestra sociedad, de la pérdida de valores. Pero lo que muchas veces no vemos es que esa decadencia se relaciona estrechamente con la devaluación de la palabra. Nos hemos olvidado de que muchas veces, antes de que el mal se torne realidad, ese mismo mal es palabra negativa, palabra de maldición en labios humanos. Leemos en las noticias que en Israel un partido político empieza a decir por radio y por televisión que el primer ministro es traidor; y luego, cuando alguien va y asesina al primer

ministro, ese mismo partido se lamenta y se lava las manos, como si no tuviera parte de la culpa. Aquí mismo, hay programas radiales en los que todos los días se dice que los agentes federales son asesinos, que existe una gran confabulación entre el presidente y esas agencias para privar al pueblo de sus libertades; y luego, cuando alguien va y pone una bomba en el edificio federal en Oklahoma, esos mismos comentaristas radiales se lavan las manos, como si con ellos no fuera. Hay padres y madres que se pasan la vida insultando a los hijos: “Come, demonio; estáte tranquilo, engendro del Diablo; cállate, animal”. Y luego se sorprenden cuando los hijos actúan como animales o como engendros del demonio.

Mucho se dice y se escribe sobre cómo en nuestros días la vida ha perdido valor. Y es cierto que la vida se ha abaratado. Las gentes se matan por poca cosa. En esta misma ciudad, y en muchas otras, hay jóvenes que matan por un automóvil de lujo, o por un par de zapatos de alguna marca especial. Pero lo que también es cierto es que tras ese abaratamiento de la vida hay un abaratamiento de la palabra. La palabra se ha devaluado más rápidamente que el peso mexicano. Lo que antes se compraba con unos pocos pesos, ahora requiere un saco de dinero. Y, de igual modo, para lo que antes bastaba un “sí” o un “no” ya no hay palabras suficientes.

Como ministros de la palabra, como personas que pretendemos servir a Dios mediante la palabra escrita, lo primero que nos incumbe es recuperar el valor y el peso de la palabra humana—de la palabra con minúscula—y ponerla al servicio de la Palabra de Dios—de la Palabra con mayúscula.

Es muy fácil olvidarse del poder de las palabras que pronunciamos o que escribimos, de esas palabras que Dios nos ha dado para que, a semejanza suya, podamos crear y darle forma a la realidad.

Cuando digo esto, pienso en una experiencia que tuve hace muchos años—hace más de treinta años. Un año antes, yo acababa de publicar mi primer libro, un librito que había escrito un poco a la carrera, y que había lanzado al mundo sin pensarlo mucho. Una tarde me llegó una carta franqueada en Viet Nam. Era de un viejo amigo, misionero que había estado en Cuba, que me escribía desde Viet Nam. Me decía que estaba sirviendo en un hospital muy cerca del frente de batalla, que ese mismo día habían caído unas bombas de mortero en el patio del hospital, y me daba las gracias porque fue leyendo unas líneas en aquel librito que yo había escrito tan a la ligera que se sintió llamado a dejar su vida tranquila e irse a servir a los heridos en Viet Nam.

¡Poco faltó para que aquel primer libro fuera también mi último libro!

A partir de aquel momento, siempre le he tenido enorme respeto y hasta temor al poder de la palabra. De igual modo que otros temen el día en que, en presencia del trono celestial, tengan que ver de nuevo todas sus acciones, así temo yo el día en que, en presencia del trono celestial, tenga que oír de nuevo todas las palabras que he pronunciado, y que leer todas las que he escrito.

La tentación es grande en este mundo de palabras baratas en el que tenemos ya hasta procesadoras de palabras. La tentación es grande en esta sociedad de masificación, donde sería muy fácil, con sólo doblegarnos a los gustos de la época, producir libros que se vendieran en cientos de miles. La tentación es grande de abaratar las palabras, de hacer dinero con palabras baratas, de medir el éxito de nuestras palabras con puras técnicas de mercadeo, con estados de cuenta, como si lo que importara fuera que dijéramos mucho, o que mucha gente comprara, y no lo que digamos ni lo que lean. Como si nuestra palabra con minúscula no estuviera bajo la obligación de sujetarse a la Palabra, con mayúscula.

La palabra humana, con todo y escribirse con letra minúscula, es un instrumento poderoso y hasta temible. Hay que tratarla con respeto y con sentido de responsabilidad. Como quien maneja explosivos. Peor aún, como quien maneja la imagen misma de Dios.

Parte del peligro está en aquel viejo dicho de que “el papel lo aguanta todo”. Porque el papel lo aguanta todo, es muy fácil escribir sin medir lo que se dice, o sin pensar en sus consecuencias, o pensando únicamente en el beneficio material que hemos de recibir. Pero, si bien es cierto que el papel lo aguanta todo, Dios no lo aguanta todo. Un día hemos de rendir cuentas, no solamente de nuestras acciones, sino también de nuestras palabras—porque, después de todo, la palabra humana, como reflejo e imagen que es de la palabra de Dios, es también acción.

Por otra parte, precisamente porque nos ha sido dada por Dios, y porque es imagen del poder

creador de Dios, tenemos la responsabilidad de usar la palabra con creatividad. La palabra aburrida, la palabra sin ritmo y sin dientes, la palabra sin imaginación, la palabra que no es sino repetición, es negación del poder creador que Dios nos ha dado.

Mediante la palabra podemos crear mundos nuevos. Mediante la palabra podemos crear vidas nuevas. Mediante la palabra podemos redefinir la realidad, de modo que donde antes no había sino odio y envidia haya ahora amor y compasión. Mediante la palabra podemos presentar ante el mundo la visión de un cielo nuevo y de una tierra nueva, de una nueva ciudad donde no habrá más muerte ni llanto, y donde Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos. Mediante la palabra podemos anticipar un nuevo orden en que no se ensayarán más para la guerra, y nadie tendrá miedo, sino que se sentará cada cual debajo de su vid y debajo de su higuera. Mediante la palabra podemos hacerle ver al caído lo que podría ser su vida con solo colocarla a los pies del Señor. Mediante la palabra podemos cantar un cántico nuevo, y celebrar una realidad nueva. Mediante la palabra podemos bendecir, podemos pronunciar el bien que habrá de ser, podemos traer el bien prometido a la vida presente.

Pero volvamos al Evangelio de Juan, donde se nos dice que la Palabra que era desde el principio con Dios, la Palabra que era Dios, la Palabra por quien todas las cosas fueron hechas, se hizo carne, y habitó entre nosotros, y vimos su gloria. Si el Dios de los cielos se dignó pronunciar su palabra en la encarnación, no podemos menos que pronunciar palabra encarnada. Si la Palabra que era desde el principio con Dios, la Palabra por quien todas las cosas fueron hechas, no tuvo

a menos descender a nuestra condición humana, no hay condición humana demasiado humilde para nuestras pobres palabras.

Con demasiada frecuencia quienes nos dedicamos a cultivar las letras, y especialmente los teólogos, nos olvidamos de que la encarnación no es solamente una doctrina que creer, sino también una realidad que imitar. Si la Palabra que era desde el principio se hizo carne en una realidad concreta y particular, nuestras humildes palabras, las que proclaman y comunican su verdad, han de hacerlo también en términos de realidades particulares y concretas.

Y también con demasiada frecuencia nos olvidamos de que la Palabra encarnada fue también la Palabra crucificada. Jesús no ganó un concurso de popularidad. Jesús se atrevió a decir lo que tenía que decir, aunque no les gustara a los fariseos, o a los saduceos, o a los principales del Templo, o al sumo sacerdote, o a Herodes, o a Pilato. Pero hoy hay toda una rama de la industria del libro supuestamente cristiano que parece estar más interesada en la popularidad que en la verdad, que no se atreve a decir nada que pueda molestarle a alguien, y que parece medir su éxito, no en términos de su fidelidad a la Palabra de Dios y al Evangelio, sino en términos del volumen de ventas y del margen de ganancias. Ciertamente las ventas son importantes. Pero los libros que escribimos, lo que en ellos decimos, nuestros programas de publicaciones y de ventas, ¿reflejarán el hecho fundamental de que la Palabra que anunciamos es aquella que, hecha carne, vino a lo suyo, y los suyos no la recibieron? ¿Se atreverán nuestras palabras, como la Palabra encarnada, a llamar a la obediencia a escribas y fariseos, a

mercaderes y sacerdotes? ¿Nos atreveremos a denunciar a los cambistas de los templos de hoy, o nos uniremos a ellos, porque en ello hay más popularidad, más ventas, mayores ganancias?

Somos servidores de la Palabra; no de las palabras con minúsculas que se encuentran en los diccionarios y que tratamos de manejar como artesanos, sino de la Palabra con mayúsculas por quien todo cuanto ha sido hecho fue hecho. De la Palabra que era al principio con Dios. De la Palabra que no volverá a Dios vacía, sino que hará todo aquello para lo cual Dios la ha enviado. Si somos fieles de esa Palabra, de esa Palabra creadora y todopoderosa, nuestras palabras tampoco volverán a nosotros vacías, sino que harán todo aquello para lo cual Dios nos las ha dado.

A él sea la gloria en Cristo Jesús, en la unidad del Espíritu Santo, ahora y por siempre jamás.

Amén.

